

Desde Madrid

Asientos

El otro día iba en el metro sentado cuando de golpe vi que entraba una embarazada. Intenté hacerme el distraído para que otro le cediera el asiento, pero noté en los demás la misma actitud que yo había adoptado. Entonces me propuse hacer un acto de buena voluntad y le cedí mi asiento, al tiempo en que me levantaba y le hacía un amable gesto con la mano señalándole la butaca que yo mismo había estado calentando durante 15 minutos.

-No estoy embarazada- me dijo en tono serio, demostrando sentirse ofendida. Acto seguido, y a pesar de que no cumplía con las condiciones técnicas para aceptar mi invitación, apoyó sus abultadas nalgas en el que era mi sitio.

-Ni lo sueñes, si no estás embarazada me voy a volver a sentar yo- le respondí ofuscado.

-¿Por qué no te vas a la mierda? Métete el asiento por el culo, imbécil- me gritó mientras se levantaba.

Mientras retornaba a mi cálido refugio temporal, una viejita que estaba sentada justo enfrente, visiblemente incómoda, intentó apaciguar la situación y le propuso a la excedida de peso que se sentara en su sitio, con la sorpresa de que la falsa embarazada aceptó.

Yo, al ver que la viejita se levantaba, le cedí mi asiento.

-No, gracias hijo, yo ya me bajo- me agradeció.

-A mi todavía me queda mucho viaje, joven, ¿me puedo sentar?- me preguntó un tipo con cara de cansado.

-No- respondí. -Usted no tiene más de 50 años, aunque está muy desmejorado, por lo tanto usted puede viajar de pie como todos los demás, no venga acá a hacerse el pobrecito.

Un murmullo general invadió el vagón y se empezó a espesar el ambiente.

-Déjalo, es un maleducado- comentó una señora.

-¿Y por qué no se levanta usted entonces, qué tiene, el culo pegado al asiento acaso?- respondí con fundamentos.

Otro señor que observaba desde lejos me preguntó, en tono poco cortés, qué condiciones debía tener una persona para que yo le cediera el asiento. El cuestionamiento abrió un debate entre los pasajeros, que cada vez se iba poniendo más caliente. En ese momento el metro llegó a una estación y, al abrirse la puerta, subió un tipo con muletas.

-Mirá, ahí lo tenés- grité al verlo, mientras

me levantaba. -Vos, vení, sentate acá.

Al notar el ambiente tenso que reinaba dentro del vagón, el hombre intentó bajarse. Pero entre unas cuantas personas llegamos a sujetarlo de los brazos (hubo algún tirón de pelo también) y lo sentamos a los empujones.

El tipo se quejaba del dolor en su pierna, que tenía escayolada, e intentaba levantarse al grito de “hijos de puta, locos, pirados, policía”. Entonces cogimos sus muletas y empezamos a darle bastonazos hasta que por fin se calló.

Pablo Maronna

Otro señor que observaba desde lejos me preguntó, en tono poco cortés, qué condiciones debía tener una persona para que yo le cediera el asiento.

De lobos y maestros de guardapolvo gris

Nunca me cerró demasiado que el malo de la película fuera el lobo. Por eso cuando mi papá me contaba el de los tres chanchitos y hacía hincapié en la importancia de una construcción vincular sólida, duradera, yo asociaba automáticamente la cultura del esfuerzo con el malhumor. Porque el chanchito más trabajador era serio, malhumorado, introvertido, por lo tanto, mi conclusión inmediata era: los trabajadores, los fuertes, son jodidos. Y lo que más me pesaba era que el mandato me ordenaba: “Buscate un tipo laborador, que apueste a lo seguro y bancate el carácter, mijita”. Mi gran duda era el lobo. Yo no creía en la existencia de gente tan estereotipada. Cansada del chanco laborador y amargado, hace tres meses, me fijé en un lobo seductor y melancólico. Lo conocí viejo y castigado, pero lobo al fin. Tenía cara de gato y los dientes gastados y negros de tanto fumar habanos. A la mañana temprano, se lo podía ver caminando por plaza Tacuarí con un guardapolvo largo y gris. Parecía un placero. Una mañana de abril, me acerqué para preguntarle si sabía por qué le habían cambiado el nombre a la plaza.

-¿Qué nombre?- me preguntó sin

mirarme.

-Máximo Paz- le contesté, y señalé el tamborcito de Tacuarí.

-¿Y a vos quién te dijo que le cambiaron el nombre? - y se le escapó un chorro de baba.

-No, nada- le dije por decir.



-¿Nada qué?- suspiró relamiéndose el bigote.

Sentí un miedo instintivo. Lo supe porque me dio lástima. Lo mismo me pasaba con mi papá: la misma pena, las mismas ansias de redimirlo, cómo decir, de esforzarme hasta dar la vida por él. Con el lobo viejo, igual. Me salvó el asco que me daban sus dientes negros de tabaco sucio.

Me fui de la plaza porque no me quise morir. Desde la esquina vi un montón de chicos que salían de la escuela y lo seguían como si fuera un iluminado.

-¡Ahí está el maestro!- gritó una nena con colitas.

-¡Sí!, seguro que hoy nos cuenta el de los tres chanchitos- dijo otra subiéndose la bombacha.

Me dio frío. Me quedé parada en la esquina de 13 y 60 porque quería ver. Los perdí de vista justo cuando se escondieron detrás de la acacia seca y entendí, por fin, que los lobos viejos se comen a los chicos que creen en los cuentos de chanchos, que siguen a los maestros de guardapolvo gris.

María Laura Fernández Berro

Los mosquiteros

Don Pancho Arriagada era el latin lover de la chacra. Con frecuencia su Ford-A verde se sacudía debajo de los árboles, mientras el agua de la acequia fluía ensombrecida en su cauce distendido y brevemente sonoro. Nacían sapos y mosquitos entre las piedras musgosas y los álamos mecían sus extremos altos desnudos de pájaros. Era el capataz y quién le iba a decir que no. Vivía criticando a los peones, se les reía en la cara si pedían algo de plata antes de fin de mes. -Vas a tener que vigilar más a tu familia - les decía- mirá qué día somos y ya no tenés nada - y retomaba su andar cansino, la mirada tórrida y mezquina, inmerso en su imaginación tan repleta de mujeres que llegaba a abultarle la nuca debajo de la gorra.

Mi viejo se ocupaba de las máquinas, comía chocolate con pan y rumiaba política.

Don Pancho lo respetaba, también lo trataba con cierta burla pero nunca de frente. A veces cruzaban alguna palabra y recién cuando se iba dejaba escapar una sonrisa secreta, se acomodaba la gorra y seguía caminando con las piernas curvadas, arrastrando los pies. A nosotros nos miraba de lejos y siempre nos traía algún regalo, algún cerdito guacho, algún pollito que

empezaba a romper el cascarón. Siempre nos traía algo.

Una tarde apareció por casa y dejó un billete debajo del mate. -Usted es un tarambana, Fermín -le dijo a mi viejo -. A ese Franco que tanto odia, qué le va a hacer desde acá... - y señaló para afuera, hacia donde estaban alineadas las vides bajas, leñosas. Antes de irse se sacó y se puso la gorra unas tres veces y me empujó de un hombro hasta la puerta, casi sin tocarme. Miré lo que ya estaba viendo, las vides alineadas, pero apuntó hacia arriba con un dedo tosco y anaranjado de tabaco. Una luna chiquita se veía en lo alto del cielo. El brillo, a través de la red del mosquitero, dibujaba una cruz blanca. -Así que hoy vienen los reyes- me dijo y sonrió como cuando hablaba con mi viejo, en secreto.

Entrecerré los ojos y gracias a un astigmatismo celestial pude ver a los tres reyes magos emergiendo de la cruz de la luna, sus coronas doradas, engalanados con sus capas de colores. Todavía se veían mal, estaban lejos de la tierra, lejos de la chacra y de mis skeepee, pero iban a llegar como a las doce.

Nora Martínez

LEVÁNTATE Y LEE

En busca de los lectores perdidos

Hay escritores con métodos curiosos para buscar lectores. Uno en mi barrio escribía con marcadores de colores sobre los afiches de publicidad. Con una letra minúscula y apelmazada llenaba las carteleras, los tabiques de las obras en construcción, los cartones y cartulinas que encontraba por ahí, y garabateaba en cuanta superficie le viniera bien o mal.

Hay quien escribe en la arena mojada mensajes que serán inmediatamente borrados por el mar.

Están los escritores de los aviones a chorro, tan concisos, tan marplatenses y tan comerciales, que escriben con humo blanco sobre el fondo celeste.

Y están los que descubrí en mi visita, el día de todos los muertos, a la capilla de un cementerio privado. Allí encontré un libro tamaño libro de seguimiento de expedientes de oficina pública. Tenía cientos de hojas blancas y estaba escrito casi hasta el final. Me acerqué pensando que se trataba de una variante de las urnas donde hace años se depositaban las tarjetas de visita. Por ese medio los amigos de las familias que sufrían la pérdida se enteraban de quiénes habían estado allí y recibían su ánimo y su cariño, según el caso. Pero tamaño

Están los escritores de los aviones a chorro, tan concisos, tan marplatenses y tan comerciales, que escriben con humo blanco sobre el fondo celeste.

libro no podía cumplir esa función. Intrigado, comencé a leer las últimas hojas escritas. Eran mensajes con la fecha de ese mismo día. Mensajes dirigidos a ... (traté de adivinar) los deudos... no. Intenciones para ser leídas por el sacerdote al celebrar misa.... no. Mensajes dirigidos a los otros parroquianos para que oren por sus seres queridos... no.

Eran mensajes para los muertos y decían cosas como “Fulano: hoy te traje las flores que tanto te gustan” o “Mengano: desde tu cumpleaños que no venía pero hoy...” o “Mamá, sos lo mejor que me sucedió en la vida”.

Nadie puede asegurar qué pasa con los que yacen enterrados, si es que pasa algo. Al respecto hay muchísimas teorías que no es mi intención discutir. Puede que se levanten y anden, pero ¿que se levanten y lean?... y en el supuesto que lo hagan, ¿no es más probable que vean a la visita y escuchen lo que tiene para decirles? ¿Hace falta dejar constancia? ¿En qué pueden estar tan ocupados durante su eterno descanso?

Sí, son raros los escritores en busca de lectores perdidos.

Roberto Gárriz

Restos de familia

Encontró un refugio donde faltaba intimidad, parecía ser una pensión cerca del puerto.

En el cuarto contiguo se escuchaban las voces de los otros, los que parecían no haber intentado nada, los que dejaban que pasara la noche.

Había japoneses, italianos y chinos, que pagaban un derecho precario a reír, a gritar juntos, a dejarse arrastrar por el deseo una vez separados.

Recuerda, sentado en su biblioteca, aquella transformación de la naturaleza que volvió todo inalcanzable. El crecimiento brusco de los árboles, los animales imposibles de atrapar.

Los negocios donde se vendía comida custodiados por diversas fieras y, lo que es extraño, el lugar donde compraba el papel y la tinta estaba cubierto de arañas. Imposible leer,

imposible escribir.

Pasó horas mirando el asfalto y las vías de los tranvías que luego desaparecieron arrasados por la labor de unos hombres de mamelucos rojos. Mujeres en un ir y venir de

No hay descanso para los que soñaron un mundo tranquilo, para los que vivieron por el futuro de sus familias, para los que esperaron que las cosas se arreglaran solas.

tacos agudos y cuerpos agotados. La noche, en el infierno, la lucha por el cielo, el final de la batalla, el enemigo que nunca había existido.

El río, nuevamente el río. El agua arrastrándolo, el ir y venir de mujeres, el tiempo, el olvido total. Restos de familia.

El sillón, el reloj, la biblioteca, las camas agrupadas, las paredes que filtraban voces: los japoneses, los italianos y los chinos. Y la idea de que algo ocurriría, de que alguna cosa tendría que ocurrir. Algo inexplicable.

Estallará la casa.

En el cuarto contiguo aún se escuchan las voces, el ir y venir de las mujeres y la lluvia de siempre. No hay descanso para los que soñaron un mundo tranquilo, para los que vivieron por el futuro de sus familias, para los que esperaron que las cosas se arreglaran solas.

Sentado en su biblioteca, sin papel y sin tinta, vuelve a leer lo que ha subrayado durante años en algunos libros que ya no valen nada.

Los restos de familia, en las fotografías de un álbum, siguen presentes en esa eternidad que se diluye cada día. Sitiado, sabe que es la hora del silencio.

Germán García

Fahrenheit 451

El mes de enero nos alcanzó casi sin personal y con una significativa merma en el número de visitantes que dejó en claro tanto el impulso vacacional de los socios como la felicidad que el silencio puede traer en una tarde tórrida.

Posiblemente en ese oscuro deseo de dicha que se esconde en no levantar la voz cuando hace calor, se explica el tiempo que tardamos en darnos cuenta de que Betty había dejado de hablar. Alguien le había dicho que “Hay que hacer añicos el lenguaje para tocar la vida” y haciendo un esfuerzo de erudición que iba destinado a conquistarla, el fulano -un socio advenedizo- se retiró de la Biblioteca sin la victoria, pero también ignorante de la permeabilidad de esponja que mi amiga ocultaba por esos días.

Así que Betty se entregó a un silencio laico y se dispuso, sin que lo supiéramos hasta que la decisión nos sorprendió por falta de parloteo, a cercar la acción, a clavarse en la experiencia como un escarabajo de coleccionista. Tanto es así, que volvió con la

Se acomoda en distintos lugares, se mira entrecerrando los ojos y a veces se esconde detrás de un sillón que no tiene más de siete centímetros de ancho.

maqueta que reproduce la Biblioteca y había quedado en el depósito, y aprovechando la falta de público la instaló en la Sala de Lectura, y ahora anda haciendo una suerte de feng shui a escala. Se acomoda en distintos lugares, se mira entrecerrando los ojos y a veces se esconde detrás de un sillón que no tiene más de siete centímetros de ancho.

Mientras tanto, yo la cubro, para que no se quede mirando fijo a los pocos socios que aparecen, y cuando le paso las boletas de préstamo todavía va a buscar los libros a los anaqueles, con una diligencia sobreactuada.

No quiero decirle que hay algo perturbador en ese resto de obstinación con la letra escrita, en la fascinación con la que mira cada cubierta o acaricia los lomos, como si aún estuviera decidiendo entre persistir en su negativa a contarse, o entregarse de nuevo al peligro del lenguaje, aunque no tenga que pronunciarlo en voz alta.

María Martha Gigena

Tócala de nuevo, Sam

Conozco la canción. Sé perfectamente cada uno de los acordes y no necesito leer la partitura para darle a cada nota el lugar preciso, su tono justo. Ensayé tantas veces que podría jurar que no voy a equivocarme. Sin embargo, nuevamente, chingo el dedo y todo se desmadra. Es como con la literatura, o casi. Querer repetir las escenas no es poder hacerlo. Siempre hay algo, un imprevisto, una torsión en la trama que desvía la acción hacia un margen no leído, ignorado acaso, escondido en el pliegue.

La pregunta que surge en medio de la parálisis que provoca el imprevisto es qué hacer ahora, cómo seguir, porque un corte puede salvarse si inmediatamente sobreviene la continuación improvisada. Así pasa en el teatro: si un actor en escena olvida un pie, un parlamento o lo que fuera, necesariamente debe hallar una salida imperceptible ante los ojos del espectador, pues de lo contrario se termina la ficción.

De cualquier forma nada acontece sin el tiempo que lo marca en su distinción, que lo vuelve otra cosa aun cuando parezca reiteración.

La nota es disonante, sí. Pero tal vez en su encadenamiento logre una armonía, no lo sé. Me dicen que “tengo oído”. No comprendo muy bien aún qué quieren decir con eso, aunque es una frase a la que me gusta darle crédito. Intuyo que se refieren a que puedo detectar el error y corregirlo. O tal vez ese tener oído es ya haberlo escuchado, reconocerlo.

De cualquier forma nada acontece sin el tiempo que lo marca en su distinción, que lo vuelve otra cosa aun cuando parezca reiteración. La temporalidad traduce algo de un orden otro y lo inserta en una serie nueva. Como la frase nunca pronunciada de Rick, como esta nueva improvisación que me animo a seguir hasta ver la coda.

Vanesa Pafundo

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Al infinito y más allá

En casi toda película de viajes espaciales hay alguien que sale de la nave. Es siempre un momento tenso de la película. Los ejemplos abundan: en *2001* Frank Poole muere (en una famosa elipsis) tratando de arreglar una antena; en *Alien* una parte de la tripulación baja a un planeta y uno de ellos, Kane, es invadido por el bicho del título; en *Alerta solar* uno de los escudos protectores se avería y el capitán muere tratando de arreglarlo. De hecho, el motivo puede encontrarse en el primer film de cierta importancia dentro de la ciencia ficción. En *Voyage dans la Lune*, realizada en 1902 por Georges Méliès, para que la nave vuelva a la Tierra es necesario que alguien la empuje hacia abajo.

Esta recurrencia parece característica del viaje espacial cinematográfico. No se trata, claro, sólo de la salida, sino del peso dramático que tiene la visita al exterior de la nave espacial. En efecto, quienes salen arriesgan su vida por el mero hecho de salir. Así, de Méliès a *Alerta solar* alguien expone el cuerpo por el bien de la misión o de sus compañeros. El hecho amerita variantes (que van desde el terror en *Alien* hasta la parodia en *Guía del viajero intergaláctico*), pero tal vez dos rasgos nos permitan explorar su persistencia.

El primero es el peligro, que subraya la aventura, la excepcionalidad del viaje. El cine de ciencia ficción pone gran cuidado en indicarla (hay que salir con escafandras, hay que estar preparado física y mentalmente, hay que moverse en condiciones penosas, con poco tiempo, evadiendo

La combinación

explicar y se fue.

Tenía que llegar al trabajo a las 9.30 así que decidí subirme a la primera “formación” que viniera.

Viajé apretada, torcida, chupando a mi pesar la espalda chivada de un gordo. Hasta acá todo normal. Lo raro comenzó cuando entramos en el túnel para hacer la combinación del A con el C. Casi no podíamos avanzar, el pasillo parecía esta vez más largo que de costumbre y a cada paso se hacía más angosto. En un momento apenas si podíamos caminar de a tres en fila, el propio túnel nos fue acomodando. Tardamos unos cinco minutos en llegar a la altura del ciego que, como siempre, estaba con su tachito metálico al que a diario gusto hacer sonar con alguna moneda. Se ve que el tipo me olió o algo porque atinó a prevenirme diciéndome al oído: “No avances, el

túnel se achica más y más, y cuando los pasajeros van de a uno y ya no pueden salir corriendo para el otro lado se caen en un pozo que, dicen, tiene un par de kilómetros de largo... después no se sabe qué pasa... Es que a esta altura del año no debería viajar tanta gente en subte y Metrovías encontró esta solución para descongestionar la red”. No le creí, claro, y decidí continuar. Efectivamente, el pasillo siguió achicándose. Mi corazón se aceleró cuando me vi frente al hueco... quise girar pero la presión de la gente me tiró adentro. Todo se volvió oscuro y me sentí como aspirada por algo. Habrán sido diez segundos o menos, cuando me quise acordar estaba de vuelta en Plaza Miserere, acomodándome la camisa, puteando y retrocediendo para tomarme el 5. Llegué tarde.

Yanina Bouche